



Volumen 59 N° 227 Julio - Agosto - Septiembre 2020

Revista de Vida Religiosa **CONFER**

Volumen 59 / N° 227 / Julio - Agosto - Septiembre 2020



CONFER Volumen 59 - N° 227 - Julio-Agosto-Septiembre 2020

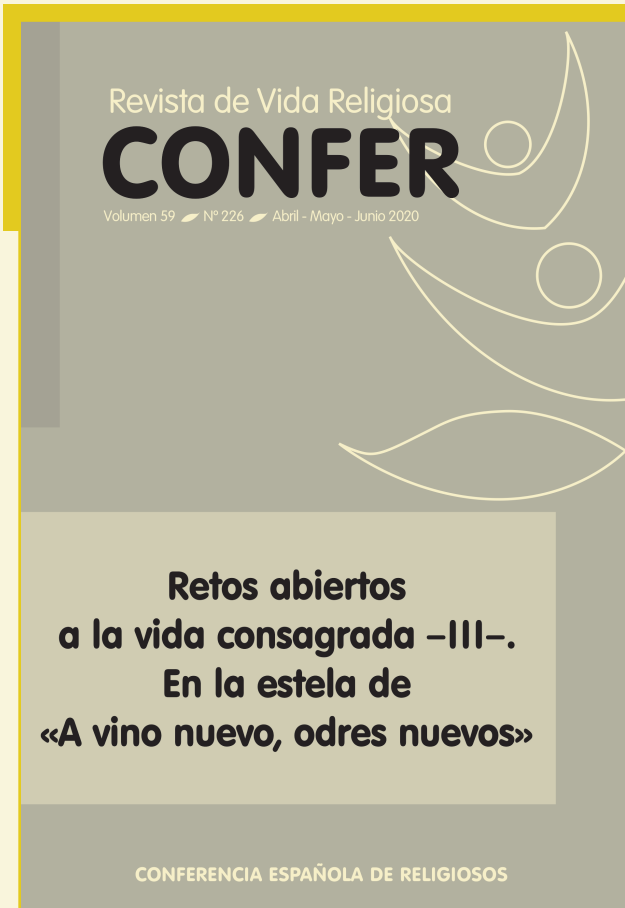
- 🌿 **La fidelidad como un valor relativo**
Javier Elzo Imaz
- 🌿 **Crisis de fidelidad en la vida consagrada:
motivos y factores implicados**
Lluís Oviedo Torró, OFM
- 🌿 **La fidelidad. Un asunto vital**
Alfredo Esteve Martín
- 🌿 **El don de la fidelidad y la virtud de la perseverancia**
Felicísimo Martínez Díez, OP
- 🌿 **El problema de buscar la verdad es encontrarla
y no saber qué hacer con ella**
Marta García Fernández, HNSC
- 🌿 **Inseguridad jurídica en algunas figuras
del actual Derecho de religiosos**
Rufino Callejo de Paz, OP
- 🌿 **Fuente de esperanza y de misericordia**
Pilar Pérez Bernal, HICM

CONFER

Fidelidad y perseverancia. Aproximaciones I

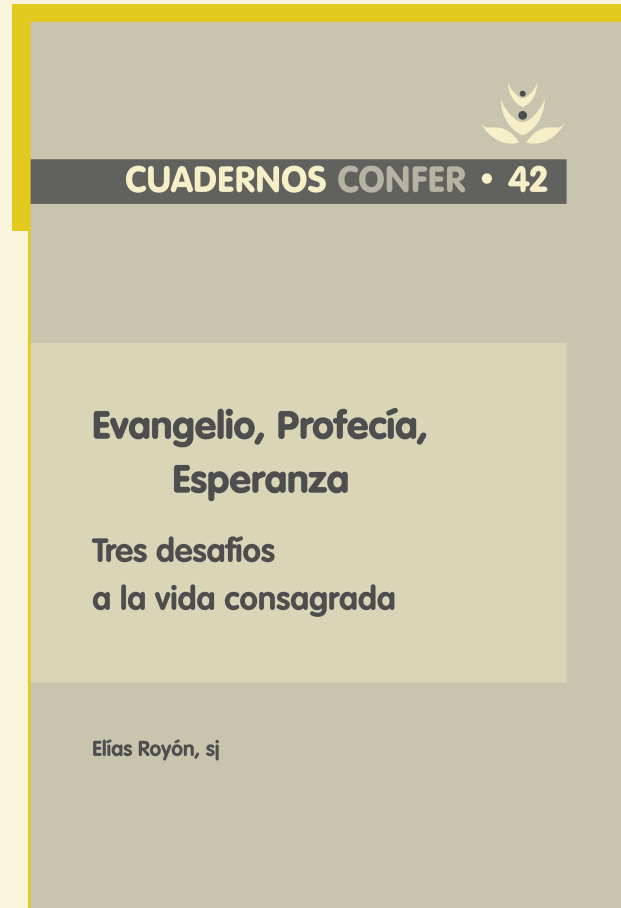


CONFERENCIA ESPAÑOLA DE RELIGIOSOS



Revista **CONFER**

Revista trimestral
de Vida Religiosa.
Reflexiones
sobre temas
de actualidad
en la vida religiosa.



Cuadernos **CONFER**

Textos de conferencias
y sesiones organizadas
por la CONFER.

Revista de Vida Religiosa

CONFER



FIDELIDAD Y PERSEVERANCIA. APROXIMACIONES I

Revista de Vida Religiosa

CONFER

Director

Miguel Campo Ibáñez, SJ

Consejo de Redacción:

Ernestina Álvarez Tejerina, OSB

Ricardo de Luis Carballada, OP

José-Damián Gaitán de Rojas, OCD

Nurya Martínez Gayol, ACI

Carlos Martínez Oliveras, CMF

Gonzalo Tejerina Arias, OSA

Suscripción para el año 2020 a:

Revista CONFER

España: 40€

Extranjero (por avión): 46€

Número suelto: 11€, más gastos de envío.

Edita:

Conferencia Española de Religiosos
(CONFER)

C/ Núñez de Balboa, 115-Bis

28006 Madrid (España)

Tel: 915 193 635

Correo-e: revista@confer.es

Diseño:

Sentidocomún-Comunicación

Imprime:

Gráficas Dehon

La Morera, 23-25

28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

Depósito Legal: M. 10.235-1962

ISSN: 0212-6729

Administración y Publicidad:

Jesús Juárez Gonzalo, FSC

Correo-e: administracion@confer.es

Distribución:

Marisa Sanz Masa

Correo-e: suscripciones@confer.es

Nota editorial:

Para frecuencia y precios de inserciones publicitarias en Revista CONFER contactar con Jesús Juárez Gonzalo, Administrador, en el teléfono: 915 193 635, o en el correo: administracion@confer.es

SUMARIO

Presentación 293

FIDELIDAD Y PERSEVERANCIA. APROXIMACIONES I

La fidelidad como un valor relativo 303
Javier Elzo Imaz

Crisis de fidelidad en la vida consagrada:
motivos y factores implicados 341
Lluís Oviedo Torró, OFM

La fidelidad. Un asunto vital 357
Alfredo Esteve Martín

El don de la fidelidad y la virtud de la perseverancia 377
Felícísimo Martínez Díez, OP

El problema de buscar la verdad es encontrarla
y no saber qué hacer con ella 399
Marta García Fernández, HNSC

Inseguridad jurídica en algunas figuras del actual
Derecho de religiosos 417
Rufino Callejo de Paz, OP

Fuente de esperanza y de misericordia <i>Pilar Pérez Bernal, HICM</i>	431
--	-----

COMENTARIOS Y RECENSIONES

Comentarios y recensiones	443
Libros recibidos	459

Presentación

Fruto de la iniciativa de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA) este año 2020 ha visto la luz un documento de singular valor para la vida consagrada, a saber, «El don de la fidelidad. La alegría de la perseverancia. Orientaciones».

Fidelidad y perseverancia son cuestiones que atañen de forma directa a la calidad y autenticidad de la vida y consagración de los consagrados y los institutos en los que se integran. Reducir la reflexión sobre estas cuestiones a las salidas de los institutos constituye un enfoque empobrecedor.

El documento de la CIVCSVA se estructura en tres partes principales, una primera en la que se analiza la cuestión de los abandonos, una segunda parte en la que se ofrecen toda una serie de reflexiones tendentes a ayudar a profundizar en la vivencia de la fidelidad a la vocación recibida y ayudas para crecer en su cuidado y, finalmente, una tercera parte en la que se abordan cuestiones canónicas y de praxis del dicasterio tendentes a clarificar determinadas figuras como la ausencia de la casa religiosa o las exclaustaciones.

En la Revista CONFER nos proponemos ofrecer algunos elementos para ayudar a la vida consagrada española en este camino de reflexión abierto. Desde un planteamiento multidisciplinar hemos pedido a cultivadores de diversas áreas como la filosofía, la sociología, la teología bíblica, espiritualidad, la psicología o el derecho canónico, etc., unas reflexiones sobre fidelidad y perseverancia en clave vocacional religiosa. La respuesta ha sido generosa y de calidad, y ello

nos ha decidido a ofrecer dos números monográficos con los que, estamos seguros, podrá enriquecerse la reflexión, personal y comunitaria.

Los dos números monográficos no son ni pretenden ser un comentario al documento de la CIVCSVA. El documento está accesible en España a través de Publicaciones Claretianas y ha sido presentado y comentado con cierto detenimiento. *On line* se puede acceder a la presentación organizada por la editorial claretiana con la participación de destacadas figuras de la vida religiosa mundial, por todos conocidos, como son (por orden de intervención) el H. Emili Turú, Secretario general de la Unión de Superiores Generales, la Hna. Jolanta Kafka, Presidenta de la Unión Internacional de Superioras Generales, el P. Arturo Sosa, Presidente de la Unión de Superiores Generales y María Rosario (Mariña) Ríos, Presidenta de la Conferencia Española de Religiosos (CONFER)¹.

Abrimos este primer número del díptico con una interesante aportación del sociólogo Javier Elzo titulada «La fidelidad como un valor relativo». El profesor emérito de la Universidad de Deusto nos presenta, en un extenso artículo, una reflexión que se estructura en torno a dos partes principales. En la primera parte trata la cuestión de los valores, ¿de qué hablamos cuando nos referimos a fidelidad? El autor aborda la fidelidad como promesa, fidelidad como promesa a un persona y fidelidad como deber memoria.

Señala el autor que

«La fidelidad, como deber de memoria a una promesa dada, supone la asunción de una identidad determinada, como esposo o esposa de una pareja, como miembro de un partido político determinado, como miembro de una orden religiosa, etc. Pero esta identidad puede modificarse en el tiempo. [...] Pero aquí

¹ Canal YouTube de Editorial PCL (Publicaciones Claretianas), *Presentación de "El don de la fidelidad. La alegría de la perseverancia"*. <https://www.youtube.com/watch?v=4k1JngbSTMs>, última consulta el 24 de octubre de 2020.

pueden pasar, entre otras, estas dos cosas; que el sujeto de la promesa haya cambiado y que el objeto (persona, proyecto o institución) de la promesa hayan cambiado a su vez».

En la segunda parte el autor centra su reflexión en el contexto específicamente religioso y se acompaña su reflexión con el pensamiento del filósofo francés Paul Ricoeur y testimonios vitales recabados en su entorno. El autor distingue diversos tipos de abandono, total, temporal y parcial, y respecto a estos últimos, y de ahí quizás el título de su artículo, señala que

«No creo que en muchos de estos casos se trate de una infidelidad sino, más bien, de una fidelidad a su propia conciencia, una fidelidad a la promesa dada en su tiempo, que les gustaría poder cumplir, en sus nuevas condiciones vitales».

El franciscano Lluís Oviedo Torró, del Antonianum, ha llevado a cabo, con la ayuda de CONFER, un estudio sociológico de indudable valor. En la estela de dos encuestas anteriores realizadas por el mismo investigador, aunque en diferentes ámbitos, se sitúa esta nueva encuesta. En el artículo se pueden consultar los datos técnicos de la misma. Entre los resultados de la indagación sobre los abandonos de la vida religiosa en los últimos 10 años surgen problemáticas como problemas afectivos, inmadurez, insatisfacción, conflictos con los superiores o problemas psicológicos. El autor señala cómo «cabe constatar una amplia pluralidad de casos y causas en la raíz de los abandonos de la vida consagrada, es decir, no hay un único patrón dominante o que explique de forma satisfactoria estas crisis». El autor aporta incluso una tipología, sobre la base de una primera distinción entre salidas simples y salidas complejas, a saber: el afectivo, el conflictivo, el raro, el familiarista y el oportunista. El artículo termina con algunas conclusiones y el lanzamiento de algunas propuestas.

Un tercer aporte en este primer número monográfico lo traemos desde la filosofía. El profesor de la Universidad Católica de Valencia Alfredo Esteve Martín nos ofrece un artículo titulado «La fidelidad.

Un asunto vital». Fidelidad significa ser fiel a nuestra más profunda esencia, que es donde mora Dios. La fidelidad, concluye el autor, nos ayuda a madurar, a transitar desde los sueños a la realidad. Solo en la perseverancia y la fidelidad es posible el amor.

Para el prof. Esteve la cuestión de la fidelidad entronca profundamente con la de la identidad personal.

«Quien no sabe quién es no puede amar; y, no poder amar, es una gran desgracia. Fidelidad, antes que ser fiel a algo otro a nosotros, significa ser fiel a nuestra más profunda esencia, que es en definitiva donde habita Dios. Más allá de reducir la vida a una serie de momentos interesantes, la felicidad se encuentra descubriendo nuestra interioridad, donde el Amor se hace presente en nosotros, capacitándonos para salir de nosotros mismos en entrega generosa, viviendo gozosamente la fidelidad al compromiso asumido, amando. La fidelidad nos ayuda a madurar, yendo de nuestros sueños ideales a la realidad de las cosas. Sólo en la perseverancia y en la fidelidad, es posible el amor».

El profesor dominico Felicísimo Martínez nos ofrece, desde un marco teológico-espiritual, un artículo titulado «El don de la fidelidad y la virtud de la perseverancia». El autor trata de dar respuesta a un buen número de interrogantes en relación con los abandonos en la vida religiosa. En sus conclusiones el autor señala cómo es necesario ahondar hasta las verdaderas raíces de la fidelidad o la infidelidad. El problema de fondo de la vida religiosa no es moral o disciplinar sino teologal, de fe. La fe constituye la clave de la perseverancia. La perseverancia es también una virtud: un ejercicio de memoria de la palabra pronunciada ante Dios y ante los hombres.

«Lo hemos dicho ya: no todos los abandonos son achacables a infidelidad personal. El discernimiento vocacional es una tarea de por vida, va más allá de las primeras etapas de la formación inicial. Y una persona puede descubrir un nuevo horizonte vocacional en cualquier momento de su vida. Una nueva vivencia vital profunda, una experiencia de radical conversión puede dar lugar a un nuevo horizonte vocacional. Será expresión de fidelidad

y no de infidelidad, si es un nuevo compromiso hacia una vida evangélica más radical. Era el sentir de la tradición cuando se facilitaba “el abandono de una congregación para incorporarse a otra de vida más exigente, más radical”.

Pero hay abandonos de la vida consagrada que no apuntan en esta dirección. Más bien son una especie de capitulación, una renuncia a los compromisos contraídos en la profesión que se realizó públicamente ante Dios, ante la Iglesia y ante la sociedad. Son la desembocadura de un proceso de deterioro en las motivaciones y las prácticas que ha acabado en el fracaso vocacional. En estos casos se puede interpretar la falta de perseverancia como una infidelidad a la propia vocación».

El autor insiste en la importancia de la fidelidad a la palabra pública pronunciada en la profesión religiosa. Finalmente destaca la importancia de meditar acerca del verdadero y último fundamento de la fidelidad y la perseverancia:

«Es necesario ahondar hasta las verdaderas raíces de la fidelidad o la infidelidad. Y las raíces suelen ir más allá de la disciplina y de la moral. Suelen ser raíces teologales. Por eso se afirma con acierto que el problema de fondo hoy en la vida religiosa es un problema teologal, un problema de espiritualidad, un problema de fe. Como repetía con frecuencia mi buen amigo Julio Lois, para mantenerse fieles a la vocación no se trata solo de ser más piadosos, sino sobre todo de ser más creyentes. Por eso es tan urgente hoy meditar una y otra vez sobre la excelente imagen evangélica de la casa construida sobre roca –fundamentos teologales– y la casa construida sobre arena –fundamentos meramente emocionales o falta de fundamentos–. Aquí está la clave de la fidelidad y de la perseverancia».

La religiosa de la Consolación y profesora de Teología en la Universidad Pontificia Comillas Marta García Fernández nos ofrece un artículo titulado «El problema de buscar la verdad es encontrarla y no saber qué hacer con ella». El artículo se estructura en tres partes principales: ama, cree y espera, siguiendo la dinámica de las virtudes teologales. La esencia de la fidelidad no es el cumplimiento

sino el amor. El tiempo es el indicador más seguro de dónde tenemos puesto el corazón. Como señala la autora, estamos llamados a vivir la misma fidelidad que Dios ha tenido con nosotros: nuestra entrega debe ser a la medida del don: ¡extremo!

«Se podría decir que la vida consagrada en general, y cada uno de nosotros en particular, en nuestros respectivos procesos vocacionales e institucionales nos hemos encontrado con la Verdad, Jesús de Nazareth. Pero la gran pregunta referida a la fidelidad es: ¿qué hemos hecho con ella? ¿La hemos amado suficientemente hasta estar dispuestos, no ya a dar la vida, sino a renunciar a privilegios, cargos, apoyos, si por mantenernos firmes todo se tercia? ¿Nos lo hemos creído realmente hasta ser insobornables y no sucumbir al gregarismo de esa cultura auto-referencial basada en *likes* y *selfies* para dejar paso al protagonismo de Dios? ¿Seguimos esperando en ella como narra todo el AT y el NT con esa conmovedora fidelidad de Dios que, amando a Israel, hace lo indecible por recuperarle a pesar de haber traicionado su amor una y mil veces? [...] La pregunta por el don de la fidelidad *se parece a aquel hombre...* Todos conocemos la parábola (Mt 25,14-30). No se trata de devolver los talentos intactos sino de haberlos arriesgado, de «qué hemos hecho» con ellos».

Y continúa con

«La fidelidad no se siente como imposición externa ni como auto-imposición conquistada a base de esfuerzo. Naciendo del amor, está catalizada por una potente fuerza interna: el deseo. El deseo produce que la fidelidad se viva como don, ya que la persona no puede sustraerse a la irresistible atracción de aquello que se ama profundamente y que, polarizando todas sus fuerzas afectivas, la existencia se jerarquiza desde esa realidad».

Respecto a la perseverancia, señala, entre otras interesantes cosas que:

«para la Escritura permanecer, perdurar en el tiempo no es garantía de fidelidad. Ciertamente importa no coger la puerta e irse, pero sobre todo importa el modo en que se está, la calidad

de esa estancia y el nivel de adhesión al proyecto de Dios. [...] La fidelidad no tiene tanto que ver con una confesión aséptica defendida a ultranza sino con intensidad, con entrega y con monolatría del corazón».

En este doble número no podía faltar tampoco un acercamiento canónico. El documento de la CIVCSVA dedica su tercera parte a exponer, con bastante claridad y acierto, la disciplina de la Iglesia en materias como permisos de ausencia de la casa religiosa, excomunión y sus clases, el indulto de salida del instituto y la expulsión. Fruto de largos años en contacto con la praxis jurídica (Servicio de Asesoría Jurídica en CONFER) y estudio (profesor en la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Pontificia Comillas) el dominico Rufino Callejo de Paz nos ofrece un artículo titulado «Inseguridad jurídica en algunas figuras del actual Derecho de religiosos». No se trata de una glosa del documento vaticano sino, como bien indica su título, un comentario en el que expone la disciplina relativa a algunas instituciones del Derecho de religiosos (la ausencia de la casa religiosa aplicada a profesos temporales (c. 665 §2); la excomunión impuesta (c. 686 §3); el rechazo del indulto de salida del instituto (c. 692) y algunos supuestos de expulsión obligatoria del instituto (c. 695 §1)), en las que observa deficiencias y realiza algunas propuestas al respecto (*de iure condendo*).

Finalmente, presentamos en cada uno de los dos números algunos testimonios personales que deseamos agradecer especialmente por lo que suponen de valentía y de generosidad. Hemos pedido a algunas personas, que han vivido un proceso de discernimiento en su vocación de seguimiento del Señor en el cual han salido de un instituto para insertarse en otra forma de vida eclesial, una reflexión sobre ese proceso. Pilar Pérez Bernal, hoy miembro de un instituto secular de la familia claretiana lo fue antes de un instituto religioso. Con valentía, con profundidad, con unción, y con mucha generosidad y acierto, se ha prestado a compartir una reflexión que lleva por título «Fuente de esperanza y de misericordia».

Un par de elocuentes citas:

«Algunas personas me han dicho que les parezco muy valiente y decidida por esta búsqueda, nada más lejos de la realidad, yo soy más bien miedosa y facilona en esto de mantenerme en mi zona de confort, el valiente fue el Señor que no dejó de poner en mi corazón el deseo ardiente y la esperanza firme de que seguía soñando con la vida consagrada para mí; el valiente fue Él que no dejó nunca de hacerme sentir tan querida como para no poder concebir mi vida sin su Amor, correspondiéndole con el mío vivido en castidad, pobreza y obediencia».

«Hay caminos vocacionales difíciles, de mucha búsqueda y no son peores ni mejores que los que encuentran su sitio desde el primer momento. A mí esto me costó comprenderlo...

Aprendí que el peor síntoma de que nuestro camino vocacional no va bien es cuando se nos va muriendo la alegría. No la alegría de que todo va rodado sino la alegría de saber que todo tiene sentido en Él, aunque haya dificultades; la alegría de ser suya y de serlo de esa forma concreta que Él eligió para ti».

Esperamos que este primer número de «Fidelidad y perseverancia. Aproximaciones» sea de ayuda para una fecunda reflexión y para que, desde la reflexión sobre el significado de fidelidad y perseverancia, los consagrados y consagradas puedan vivir con mayor profundidad y «alegría» su respuesta a la llamada del Señor. Agradecemos a los autores sus generosas y acertadas contribuciones y animamos a los lectores a compartir las impresiones de su lectura con otras personas. Como decía San Ignacio de Loyola: el bien, cuanto más universal, más divino.





**FIDELIDAD Y PERSEVERANCIA.
APROXIMACIONES I**

El problema de buscar la verdad es encontrarla y no saber qué hacer con ella

Marta García Fernández, HNSC

SUMARIO. 0.- PLANTEAMIENTO; 1.- AMA; 1-1.- Fidelidad. Deseo y dinamismo; 1-2.- Fidelidad. Arraigo y permanencia; 2.- Fidelidad. Corazón e intensidad; 3.- CREE; 3-1.- Cuando creer es cosa del corazón; 3-2.- Fidelidad. Oler a Evangelio; 4.- ESPERA; 4-1.- Vivo en el lado profundamente humano de la vida; 4-2.- Odres nuevos; 5.- BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN: El artículo, en clave bíblica, se estructura en tres partes principales: ama, cree y espera (virtudes teologales). La esencia de la fidelidad no es el cumplimiento sino el amor. El tiempo es el indicador más seguro de dónde tenemos puesto el corazón. Como señala la autora estamos llamados a vivir la misma fidelidad que Dios ha tenido con nosotros: nuestra entrega debe ser a la medida del don: ¡extremo!

PALABRAS CLAVE: Fidelidad, permanencia, vocación, amar, esperar, creer, vida religiosa, vocación religiosa, abandonos vida religiosa.

The problem of looking for truth is finding it and not knowing what to do with it

ABSTRACT: The paper, from the biblical perspective, is structured around three main parts: love, believe and hope (theological virtues). The essence of fidelity is not

compliance but love. Time is the safest indicator about the place where we have put the heart. As the author states, we are called to live the same fidelity God has had with us: our commitment must be according to the measure of the gift: extreme!

KEY WORDS: Fidelity, permanence, vocation, love, hope, believe, religious life, religious vocation, abandonments in religious life.

0. PLANTEAMIENTO

La petición de CONFER me alcanza leyendo la novela *Tierra* de Eloy Moreno¹ y no he podido resistirme a titular este ensayo con la frase que el libro registra en su contraportada: «el problema de buscar la verdad es encontrarla y no saber qué hacer con ella». Se podría decir que la vida consagrada en general, y cada uno de nosotros en particular, en nuestros respectivos procesos vocacionales e institucionales nos hemos encontrado con la Verdad, Jesús de Nazareth. Pero la gran pregunta referida a la fidelidad es: ¿qué hemos hecho con ella? ¿La hemos amado suficientemente hasta estar dispuestos, no ya a dar la vida, sino a renunciar a privilegios, cargos, apoyos, si por mantenernos firmes todo se terciara? ¿Nos lo hemos creído realmente hasta ser insobornables y no sucumbir al gregarismo de esa cultura auto-referencial basada en *likes* y *selfies* para dejar paso al protagonismo de Dios? ¿Seguimos esperando en ella como narra todo el AT y el NT con esa conmovedora fidelidad de Dios que, amando a Israel, hace lo indecible por recuperarle a pesar de haber traicionado su amor una y mil veces?

La pregunta por el don de la fidelidad *se parece a aquel hombre...* Todos conocemos la parábola (Mt 25,14-30). No se trata de devolver los talentos intactos sino de haberlos arriesgado, de «qué hemos hecho» con ellos. Tampoco de permanecer inermes, enterrados bajo tierra contando con miedo, una y otra vez, cuánto tenemos o cuántos somos sino de ser una «Iglesia en salida» capaz de transformarse en «hospital de campaña». Tal como hicieron nuestros fundadores quienes, habiendo

1 E. MORENO, *Tierra*, Ediciones B, Barcelona 2020.



recibido como legado mucho menos, y más bien partiendo de cero, lo supieron multiplicar empleándolo en lo único que fructifica: el Reino y su justicia, y todo lo demás lo recibieron por añadidura (Mt 6,33).

Seguimos a una persona y, por eso, la fidelidad no puede ser estática. La esencia de esta fidelidad no es el cumplimiento sino el amor, conservar sino arriesgar, guardar sino darse. Es todo un dinamismo. La dinámica normal de crecimiento de las virtudes teologales. Por eso, inspirándome en la película de Julia Roberts, *Come, reza, ama*, también he articulado este ensayo en una trilogía: *Ama, cree, espera*. Precisamente, San Pablo en el potente himno a la caridad cincela su profunda relación: «el amor todo lo espera, el amor todo lo cree» (1Cor 13,7). Algunos exegetas, sin embargo, piensan que respeta mejor el sentido de la frase traducir: el amor *nunca deja de creer*, el amor *nunca deja de esperar*. Es decir, no es que la caridad sea ciega o ingenua. Tampoco que sublime la realidad construyendo un mundo paralelo más fácil de digerir. Amar no es una espiritualización barata sino, más bien, el profundo compromiso con el otro que resiste a su desamor hasta hacer que el corazón infartado y necrosado del que reacciona agresivamente vuelva a palpitarse, vuelva a ser capaz de amar, de creer y de esperar. Ese es el don de la fidelidad que hemos recibido de Dios y el que estamos llamados a vivir para los demás.

1. AMA

Como cantaba reiteradamente el impactante musical 33 sintetizando el mensaje de Jesús: «la única religión, el único camino, el único mandato será el amor». Algo válido tanto para el NT como para el AT quien, a este respecto, también nos lega un pasaje emblemático: «Amarás a Yahvéh tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,5). Y es que a la pregunta: «¿qué puedo hacer para ganar la vida eterna?» (Lc 18,18), o mejor, ¿cómo puedo ser fiel?, Dios responde con la frescura de un «ama» y, además, «hazlo con todas tus fuerzas». Una respuesta que ensancha el horizonte del corazón del ser humano y lo lanza a la aventura del seguimiento.

1-1.- Fidelidad. Deseo y dinamismo

El imperativo de amar a una persona supone que nuestra fidelidad no es a un objeto sino a un sujeto. Por eso, su criterio de verificación no descansa en el cumplimiento formal y aséptico, externo y rancio sino en la capacidad de vivir el amor como un acontecimiento siempre nuevo. Un Dios siempre por descubrir. Alguien a quien, después de tantos años, todavía se le desea con todas las fuerzas, sin domesticaciones ni reducciones sino tal cual es y se manifiesta.

La fidelidad no es algo repetitivo ni aburrido sino apertura radical a ese Dios sorprendente que puede aparecer por cualquier esquina de nuestra historia, caído en cualquier cuneta –las que tantas veces rodeamos por llegar a nuestras obligaciones religiosas (Lc 10,25-37)–, que puede colarse en cualquier resquicio de nuestra simple existencia pidiendo un vaso de agua. Seguramente aquel día habrá muchas sorpresas al escuchar que fueron fieles quienes trataron con misericordia a estos más pequeños y no los que confesaron un determinado credo (Mt 25,31-46).

La fidelidad no se siente como imposición externa ni como auto-imposición conquistada a base de esfuerzo. Naciendo del amor, está catalizada por una potente fuerza interna: el deseo. El deseo produce que la fidelidad se viva como don, ya que la persona no puede sustraerse a la irresistible atracción de aquello que se ama profundamente y que, polarizando todas sus fuerzas afectivas, la existencia se jerarquiza desde esa realidad.

Como presentan plásticamente algunas parábolas, se trata de encontrarse de bruces con aquello que siempre se había deseado. Hallar el tesoro escondido, la perla preciosa por la que vale la pena hipotecar la vida sin más cálculos ni cuentas. El impacto de este encuentro es de tal calibre que se vende todo con tal de adquirirlo (Mt 13,44-45). El texto no habla de ganancia, ni tampoco de si la compra ha sido buena o rentable o de si el precio pagado ha sido mayor de lo que, en realidad, valía. Es tal la fuerza de este encuentro que todo pasa a un segundo plano. Pasa a considerarse «basura» con tal de alcanzarlo (Flp 3,7-16)². Para

2 Cf. M. GARCÍA FERNÁNDEZ, *Mateo*, GLNT 2, Estella 2015, 184.



que haya fidelidad tiene que haber amor y no solo cumplimiento. Amar es desear y, por tanto, supone renunciar a la simple y peregrina idea de poseer al otro y también de domesticarlo. Es decir, reducir un sujeto a un objeto; la cosificación de la relación. De esta forma, la Escritura nos está indicando que la fidelidad reside fundamentalmente en permanecer fiel a un dinamismo. El dinamismo del Espíritu del que oyes su voz «pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn 3,8). *Nacer de nuevo* es aceptar no saber hacia dónde este amor te llevará, salir para no volver, como Abraham. O, lo que es lo mismo, escaparse del eterno retorno de las religiones que buscan la salvación en el controlable mundo de sus propias fronteras³.

Para la Biblia la única opción de ser fiel a la promesa es adentrarse en un espacio desconocido, ya que cualquier otro intento será juzgado como idolatría. Esto es, querer controlar a Dios, hacerse una imagen de él a la propia medida, manipular la salvación pensando que se compra. El evangelista Lucas presenta en un llamativo díptico dos modelos de fidelidad: aquel que piensa que esta se «adquiere» cumpliendo a rajatabla unas prescripciones, pero siendo incapaz de soltarse de manos y venderlo todo por seguir al que se ama (Lc 18,18-30) y aquel que, como Zaqueo, ha vivido como un don este encuentro y, por eso, lo convierte en don para los demás (Lc 19,1-10).

La fidelidad y el amor, posiblemente, tienen que ver con el impacto de este encuentro. A su vez este impacto está en estrecha conexión con la profundidad del deseo. Para que la opción no quede en un conato y soporte las inclemencias del tiempo, el deseo tiene que permanecer intacto. Tiene que mantenerse en dinamismo y no hacerse sedentario. Tiene, en definitiva, que renunciar a poseer lo que desea, a dejar que ese sujeto-Dios siga siendo tal y nos sorprenda manifestándose a su estilo y manera, muchas veces tan discorde a nuestros *camino*s y *pensamientos* (Is 55,8). Tiene que aceptar que la tierra seguirá siendo prometida. De otro modo, la relación se habrá cosificado y Dios, una vez domesticado, se habrá convertido en un objeto idólatrico y hecho a medida.

3 Cf. J. L. Ska, *Abrahán y sus huéspedes. El patriarca y los creyentes en el Dios único*, Estella 2004, 95.

1-2.- Fidelidad. Arraigo y permanencia

Las parábolas del tesoro escondido o de la perla preciosa, así como los pasajes del joven rico y de Zaqueo nos ofrecen una instantánea, una especie de «pantallazo», que nos ha permitido cifrar la cuestión de la fidelidad en el hontanar del corazón y del deseo desde la pista hermenéutica del encuentro. La fidelidad a una relación conlleva aceptar el reto de vivir siempre en dinamismo. La clave evangélica de comprensión no sería, por tanto, la *adquisición* sino la *desposesión*.

El don es previo al esfuerzo. Por esta razón, la vivencia del don es indispensable para no sucumbir a la auto-referencialidad ni tampoco para que se paralice el dinamismo de crecimiento de una fidelidad que, en ocasiones, puede suponer un desgaste agotador. El tiempo es la prueba de fuego, el indicador más certero de dónde tenemos puesto el corazón. Pues sabemos bien que, con venderlo un día todo, no tenemos ni mucho menos el camino ya hecho. ¡Hay tantas formas de ir recuperando aquello de lo que generosamente nos desprendimos!

La parábola del sembrador (Mc 4,3-9) generalmente se interpreta según el esquema de cuatro tipos de tierra. Desde esta óptica, el joven rico sería una de esas tierras que no dan fruto, mientras Zaqueo representa la tierra buena. Sin embargo, algunos exegetas como Jean Louis Ska postulan que quizás el texto no esté hablando, tanto ni solo, de diferentes tipos de tierra como de diversos momentos de una vida⁴. En este sentido, la parábola profundizaría sobre las razones de por qué el don de la fidelidad de Dios no llega convenientemente a fructificar. La semilla, como aquellos encuentros, puede «impactar» positivamente en la tierra, sin embargo, tras este primer momento de euforia todo se desvanece.

En la fidelidad hay un primer estadio que no es baladí pero que no es suficiente. Es la semilla al borde del camino que está expuesta a que se la lleve cualquiera. Esto es, existe una diferencia entre aquellos que acogen el Reino y aquellos que se quedan inmovilizados en el mundo controlable de lo conocido. Existe una diferencia entre aquella vida con-

4 Cf. J. L. Ska, *Cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). Páginas escogidas del evangelio de Mateo*, Estella 2006, 147-151.

sagrada que opta por los pobres, que se compromete con la justicia, que ve claro que debe estar en la parte de la historia donde están las víctimas, y aquella que ni lo ve, ni se lo plantea, ni piensa abandonar su estilo de vida. Sin embargo, después del «boom» del Vaticano II, como escuché a una teóloga: «nos hemos cansado de los pobres».

Se trataría de aquellas opciones correctas que sin llegar a estrenarlas se han mutado rápidamente por otras. Se las ha llevado cualquiera. Eso sí, con justificaciones desde el Evangelio. Es el compromiso superficial, el «postureo» que corresponde con determinadas modas, la terrible dislexia entre lo verbal y lo real, entre lo que decimos y lo que hacemos, o entre lo que creemos realmente hacer a base de decírnoslo con discursos grandilocuentes o acallando nuestra conciencia con megaproyectos plasmados en papel pero sin que implique más, y en el mejor de los casos, un voluntariado de horas pero no la asunción de una forma de habitar y de relacionarnos coherente con la opción por el Evangelio.

Si se supera esta fase, comienzan a despuntar los brotes. Pero con la nueva vida, llegan también los peligros que amenazan a la planta, todavía sin raíces hondas. El sol abrasador, las crisis de la vida, las fuerzas contrarias que se alían para acabar con el compromiso. La soledad afectiva en la que uno se siente cuando las instituciones te dan la espalda y lo que, en un principio era confianza, se transforma en sospecha. Y lo que era proyecto compartido fruto del discernimiento, en una maniobra de distanciamiento afectivo, terminan por encasquetártelo con la dura hermenéutica de que no es más que obstinación propia o, quizás, protagonismo. Se despliega todo un abanico interpretativo, en ocasiones confuso, sobre el bien común, sobre lo realmente carismático, sobre el silencio como mejor aliado para la comunión. Justificaciones que, en ocasiones, esconden intereses turbios, miedos inconfesados, imágenes distorsionadas de Dios y que, aun sabiendo de dónde vienen, quemán, desgatan, agotan. Pero si se supera esta etapa sin marchitarse, llega la siguiente.

La penúltima fase es aquella en la que la planta ya ha alcanzado una cierta envergadura porque tiene raíces, pero las preocupaciones y el ritmo frenético pueden terminar acabando con el sentido de por qué y para qué se vive. Son las espinas que ahogan. Hacemos muchas cosas

y muy buenas. Nuestras plataformas apostólicas han logrado, además, superar el sol inclemente de los siglos: gobiernos que han buscado acabar con la vida religiosa o, por el contrario, que la han privilegiado para instrumentalizarla, crisis internas congregacionales suficientemente fuertes como para hacer tambalear el edificio. Nos hemos dejado la piel porque creíamos en la educación, en la opción por los más pobres. Nos hemos peleado con la Administración pública y hemos defendido el Reino y su justicia y, por eso, nuestros centros están dotados de todo lo necesario.

Sin embargo, la gestión nos ha podido hacer olvidar algo fundamental: la relación. Asumimos la burocracia porque es la única forma de mantener vivas estas plataformas, pero hemos podido perder por el camino la relación como el elemento creador más potente de empoderamiento de las personas. Sabemos de leyes, de construcción, de informática, y hablamos de eso. Pero puede que no tengamos tanta idea de lo que vive el hermano de comunidad que está a nuestro lado, del ambiente familiar y de las penurias económicas de muchas familias de los colegios, de lo que ha tenido que atravesar ese inmigrante para alcanzar el plato que posiblemente le estemos ofreciendo en un comedor social. Son las espinas de la gestión que ahogan la relación y, con ello, el sentido de todo lo que hacemos. Maquinarias organizadas que funcionan a la perfección pero que han podido perder por el camino algo fundamental.

De cuatro intentos, uno solo llega hasta el final. Y aunque la proporción de cuatro uno puede resultar desoladora, este da fruto por todos. Y lo hace, además, desproporcionadamente. El don de la fidelidad de uno fructifica para todos. El amor como la semilla no se *adquiere* pero sí se *cultiva*. El impacto del encuentro entre la semilla y la tierra debe tomar profundidad y la relación con Dios ahondarse para que ningún agente exterior la necrose. *Nacer de nuevo* cuando uno se siente viejo es mantener la ductilidad suficiente para dejarse modelar al ritmo del Espíritu que sopla donde quiere. En nosotros y en nuestras instituciones, muy de mañana el sembrador lanzó su semilla, ¿qué hemos hecho con ella? Aquellos talentos que recibimos ¿se han conservado enterrados bajo tierra o los hemos invertido en el Reino y su justicia?



2. FIDELIDAD. CORAZÓN E INTENSIDAD

Las compañías móviles se pelean entre ellas por obtener la fidelización de sus clientes. ¡Quién no ha recibido una llamada de Vodafone a las tres de la tarde con esta propuesta! La fidelización se equipara a un contrato de permanencia. Sin embargo, para la Escritura permanecer, perdurar en el tiempo no es garantía de fidelidad. Ciertamente importa no coger la puerta e irse, pero sobre todo importa el modo en que se está, la calidad de esa estancia y el nivel de adhesión al proyecto de Dios. No se trata de vegetar o parasitar la vida de Dios sino de ser fecundados por ella.

Por eso, el barómetro de la fidelidad no se ciñe solo al espacio y al tiempo sino al voltaje, a la intensidad de lo vivido en este espacio y tiempo. Pues como matiza el Shemá no es suficiente amar, hay que hacerlo implicando todas las fuerzas afectivas: «con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas» (Dt 6,5). Por eso, así entendida la fidelidad no es cuestión de perdurar en el tiempo sino de perseverar en el amor, en el deseo, en aquellas convicciones que nos hicieron vender y dejarlo todo. Se trata de no anestesiar el recuerdo imborrable de aquel primer encuentro tan decisivo como radical, tan determinante como invisible, tan suave como irresistible, tan genuino y simple como complejo.

En nuestros días, la petición de «todo el corazón» suena a un amor tremendamente posesivo y celoso. No sería políticamente correcto exigir a nadie una fidelidad así. Sin embargo, esta exclusividad lejos de ser exclusión es el fundamento necesario para que el amor sea realmente compartido, para que no exista la eterna esquizofrenia entre Dios y hermano. Para que dentro de una opción existencial no den cabida las duplicidades ni las dobles vidas: servir a Dios y al dinero; decir que se opta por los pobres, mientras continuamente se cambia de chaqueta y de opinión por agradar a la autoridad de turno; comprometerse con la verdad mientras se silencian los abusos.

Como un campo de atracción, Dios magnetiza todas nuestras fuerzas afectivas. Esta polarización en Dios es simplemente garantía de insobornabilidad hacia el hermano y sus derechos. La exclusividad del amor exige descentramiento total y, por tanto, arrancar definitivamente la única lacra que nos impide relacionarnos: la auto-referencialidad. «No podemos amar

a Dios a quien no vemos si no amamos al hermano a quien vemos» (1Jn 4,20). No son dos amores, es solo uno. La fidelidad es intensidad (*todo*) e integración (*corazón, mente, fuerzas*). Es acabar con la esquizofrenia Dios-hermano, palabra-obra, fe-justicia, culto externo-monolatría del corazón, capilla-calle. La duplicidad es la mejor manera de no comprometerse con nada. Servir a dos señores es vivir sin posicionarse, sin asumir las riendas de la propia vida que solo tiene sentido cuando se encuentra la razón por la que vale la pena morir, dejarse la piel. El único *culto razonable* y la única fidelidad posible es entregarse (Rm 12,1).

3. CREE

Relacionado con los últimos párrafos del apartado anterior se halla el creer, porque este verbo se conecta etimológicamente con el sustantivo *cordo*. Creer es una actividad del corazón y no tanto de la mente. Tal como entiende la Escritura, la verdad se oferta a la libertad y solo puede ser conocida en la medida que uno se adhiere. En el Evangelio de Juan, resulta llamativo que a la pregunta: «Maestro, ¿dónde vives?» (Jn 1,38) no se responde: *en Cafarnaúm*, sino *venid y lo veréis*. Hay conocimientos, como el sabor, que solo se adquieren probando y que, en cambio, cuando tratas de explicar a qué sabe el mango resulta extremadamente complicado si el otro no lo ha experimentado. Sin embargo, mientras que las fechas de la historia se olvidan, el sabor es imborrable. La fidelidad nace de la convicción de haber probado y su sabor se cifra en la experiencia de ser profundamente amados. Por eso, es ante todo un don.

3-1.- Cuando creer es cosa del corazón

Me impresionó la primera vez que leí este texto de Jon Sobrino como prólogo de presentación a un libro que recoge las homilias de Monseñor Romero:

«Quizás pueda parecer muy poco o extremadamente simple comenzar a hablar de Mons. Romero diciendo que fue un hombre que creyó en Dios. Se ha trivializado tanto a "Dios", se da tan fácilmente por supuesto



que creemos en Dios o, por el contrario, se le ignora con tanta facilidad que no parece ser un especial homenaje a su figura ni una adecuada pista teológica comenzar diciendo que creyó en Dios. Para un cristiano, sin embargo, "Dios", lejos de ser un vocablo vacío, lejos de ser una realidad abstracta, lejana e inoperante, es el origen primero y el horizonte último de la vida, la justicia, el amor y la verdad; es la exigencia absoluta a que esta vida nuestra sea en verdad digna de hombres, la exigencia a humanizar siempre más todo lo humano y a eliminar siempre cada vez más lo que deshumaniza (...) la medida de la fe de Mons. Romero viene dada por la radicalidad con la que defendió la causa de Dios en la vida cotidiana y en las cosas últimas y profundas de la vida (...) buscó su voluntad allí donde realmente se encuentra; allí donde se juega la vida y la muerte de los hombres, allí donde el pecado hace de los hombres esclavos y piltrafas humanas, y allí donde surge el clamor de la justicia, la esperanza de una sociedad y un hombre cada vez más humanos»⁵.

Si alguna vez nos asalta la pregunta: ¿en qué Dios creemos?, lo mejor no es sacar el plumero para desempolvar los vagos recuerdos que tenemos del catecismo de comunión o de la teología, sino preguntarnos: dónde está tu corazón, ya que allí estará nuestro tesoro. O como ya hizo Arrupe, interrogarse sobre qué es *lo que nos saca de la cama cada mañana, en qué empleamos los fines de semana, qué es lo que nos conmueve, lo que lees, lo que conoces, lo que rompe tu corazón y lo que te sobrecoge*⁶. Todo eso será en lo que creemos porque es lo que determina realmente nuestro día a día. ¿De verdad creemos en la debilidad más que en el poder, en la fuerza del amor, la paz, la verdad, la justicia más que en la del egoísmo, el odio, la mentira y la violencia?

Para poder llegar a esta convicción hemos tenido que «probar» a qué sabe Dios y su Evangelio. O, lo que es lo mismo, hacer experiencia de ese «primerear» divino, cuando amar se vive fundamentalmente como una realidad que consiste no en que *nosotros hayamos amado a Dios* sino en que *Él nos amó primero* (1Jn 4,8). No somos el origen de nuestra

5 J. SOBRINO, *Monseñor Romero: Mártir de la liberación. Análisis de su figura y obra*, en J. SOBRINO, I. MARTÍN-BARÓ, R. CARDENAL (eds.), *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero*, Colección: La Iglesia en América Latina, UCA Eds., El Salvador 2014, 35-36.

6 Cfr. J. A. GARCÍA, *Orar con el Padre Arrupe*, Mensajero, Bilbao 2007.

propia fidelidad. Es más, posiblemente experimentamos lo que verbaliza sin tapujos el salmista: «todos los hombres son unos mentirosos» (Sal 116,11), la fidelidad humana como la nuestra es rocío mañanero que rápidamente se evapora (Os 6,4), hierba que enseguida se seca (Is 40,7). Si a pesar de todo, podemos seguir creyendo en el amor es porque hemos hecho experiencia tangible y personal de un Dios que se ha comportado con nosotros como un «Dios de ternura y gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad» (Ex 34,6).

Dios sabe a amor completamente generoso y totalmente inmerecido, tierno y pasional, tozudo e incondicional. Un amor sin fisuras ni esquizofrenias. Un amor de tal calibre e intensidad que no le basta con «darse» sino que lo hace llegando «hasta el extremo». Que Dios nos ame con todo el corazón y con todas sus fuerzas no es sinónimo de amarnos de cualquier manera. Su amor saca la mejor versión de nosotros mismos y nos sueña mejor que lo que nosotros podríamos imaginar. Su amor nos desarrolla vocacionalmente. No nos aborta con paternalismos protectores ni permisivos. Tampoco nos clona con una relación impersonal fundamentada en cumplir con los mínimos necesarios. Según el AT Dios actúa así «por amor a sí mismo», o mejor, por fidelidad a lo que Él es. Y aunque la frase suena mal y chirría a nuestra sensibilidad, expresa magistralmente dónde se fundamenta esta fidelidad: en la absoluta gratuidad.

2-2.- Fidelidad. Oler a Evangelio

Aquello que se ingiere comienza a formar parte de tus células, se incorpora a tu carne, se presenta siempre junto a ti. Si el sabor es una potente metáfora para indicar qué puede suponer la experiencia de Dios, oler a Evangelio es otra imagen muy plástica acuñada por el Papa Francisco para subrayar cómo todos los poros de la piel traspiran aquello que realmente se cree y se ama, aquello que se ha hecho carne de tu carne porque lo has comido e integrado.

La fidelidad no tiene tanto que ver con una confesión aséptica defendida a ultranza sino con intensidad, con entrega y con monolatría del corazón. Pues que el Señor sea uno no es una cuestión de números, tampoco según Deuteronomio debe desembocar en una confesión doctrinal sino debe eri-



girirse como una realidad que el corazón tiene que vivir con todas sus fuerzas, con todas sus ganas, con todo su empeño, ya que en él deben quedar cinceladas estas palabras. Creer en Dios no desemboca en profesar un credo ni en una declaración de intenciones sino en amarle. Y, para ello, todas las fuerzas afectivas deben centrarse, concentrarse e implicarse en esta labor. Dios como un campo magnético las atrae.

Pero también, según el texto, este amor debe magnetizar no solo las realidades internas sino incluso las externas. De hecho, Dt 6,4-9 añade que además de grabar estas palabras sobre el corazón, también todo el cuerpo debe tatuarse con ellas. De manera que siempre se tengan presentes: *las atarás a tus manos*, las tendrás como un recordatorio *ante tus ojos*. Y esto día y noche: *cuando te acuestes y cuando te levantes*. Es más, todo el tejido personal, familiar (los *hijos*) y social (la *casa*) debe quedar marcado por ellas: «se las repetirás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas».

Cuando se cree realmente, todo el cuerpo personal, familiar y social se convierte en un manuscrito que remite a Dios. Todo debe quedar tatuado y tocado por estas palabras. Todo debe oler a Evangelio. Es más, la progresión del texto indica que, precisamente porque están *grabadas en el corazón* tenderán a impregnar toda la realidad externa: será de lo que se hable, lo que se repita, lo que en el fondo determine el día a día, en lo grande y en lo pequeño. Pues el corazón habita allí donde está el tesoro. Y este se erige como un polo magnético que determina, en última instancia, todo lo que se hace, de lo que se habla, de aquello que se está preocupado.

Y para oler a Evangelio, como dice Jon Sobrino, hemos tenido que «buscar su voluntad donde realmente se la encuentra; allí donde se juega la vida y la muerte de los hombres». ¿Qué hemos hecho con la verdad de tantos hombres y mujeres? ¿Nos hemos casado, acaso, con la mentira, con las fuerzas de poder o con el miedo? ¿Hemos adulterado esa verdad con justificaciones hasta sacadas del Evangelio? ¿Hemos retardado la invitación a la fiesta con excusas baratas para no compartir la mesa con los pobres, porque estábamos cansados para sacar el brillo y la toalla o porque quizás no nos hayamos alegrado tanto de la

vuelta de algún hijo pródigo? ¿Hemos defendido pública y abiertamente la dignidad pisoteada de tantos seres humanos? ¿Somos fieles a la verdad de las víctimas de abusos o somos fieles y escrupulosos solo con el cumplimiento de los recién estrenados protocolos? Todas estas cuestiones no son ajenas a la pregunta sobre en qué Dios creemos y a qué y quiénes somos fieles.

Porque todo esto es indicador de si lo que creemos, de si el amor de nuestra vida ha traspasado realmente las fronteras de nuestro propio corazón y ha impregnado toda la realidad comunitaria, social e institucional. Esto es, si los que trabajan codo a codo con nosotros ven en las jambas de nuestras puertas no el aviso simplemente de que somos un centro concertado o bilingüe, sino que pertenecemos a Dios, que somos insobornables, que no aprisionamos la verdad en la mentira, que hablamos alto y claro y nos posicionamos por el Reino y su justicia.

Viendo los documentales en Netflix del caso Epstein y del médico Larry Nassar, junto a la lectura del reciente Vademécum publicado por la Congregación de la Doctrina de la Fe, además de sentir toda la indignación por las acciones que llevaron a cabo estos dos sujetos con miles de niñas, he sentido indignación hacia nosotros como sociedad. Pues además del periplo institucional y luego penal hasta que las víctimas logran sentarlos en el banquillo y de tener que superar la hermenéutica social y judicial tan dolorosa o más que el mismo abuso, me preguntaba qué hemos tenido que hacer como sociedad para que una víctima no se atreva a hablar hasta los treinta años. Si una denuncia no se da antes es porque en el trascurso de su corta o larga existencia se ha recibido el mensaje latente y constante de que no va a ser creída. Y en esto, posiblemente, contribuimos todos.

Me pasma cómo dentro de nuestras instituciones nos sabemos a la perfección la teoría y es que el perfil del abusador o abusadora en muchos casos es un perfil alto, bien situado. Mientras que, por el contrario, el perfil de las víctimas es bastante bajo y esto dificulta su credibilidad. Pero me asombra que junto a la consabida constatación no nos hagamos una pregunta más arriesgada: ¿qué hemos valorado a la hora de contratar, de conceder unos votos, de dar un cargo o de hacer informes sobre el trascurso profesional o religioso de una persona? ¿Ha sido simple-



mente un engaño, hemos sido nosotros también objeto de una manipulación o hay algo de ceguera en nuestra forma de juzgar los hechos? Una forma de mirar muy distinta a la sensibilidad de Dios capaz de captar que aquella viuda es la que más había echado en el cepillo del Templo.

¿Acaso hemos estado ciegos, o hemos hecho oídos sordos a ciertos rumores? ¿hemos podido contribuir a una estructura mortal de silencio que asfixia lentamente y amordaza la verdad de las víctimas con nuestros juicios a la ligera, dispuestos a lapidar a la que ha sido pillada *in fraganti*, sin cuestionarnos que él estaba también con ella y que quizás ella no es más que la víctima y el espejo de nuestra propia sociedad y de nuestros propios pecados? Estamos dispuestos rápidamente a tirar la piedra contra ella o contra él, si es que hubiera que redirigirla hacia el otro lado, sin preguntarnos nosotros ¿cómo hemos contribuido a este adulterio de la verdad?

¿Hemos redactado protocolos como quien hace acopio de mascarillas? Y para proteger ¿a quién? ¿a las víctimas o a nuestras instituciones? Pues hasta que las víctimas estallan es bastante probable que haya habido muchos conatos, seguramente fallidos, de desvelar su drama. ¿Todo esto les hará más creíbles que antes? ¿Nos hará saber reaccionar mejor? O tendríamos primero que bajar el brazo que sostiene una piedra y reflexionar si *estamos libres de pecado* y en qué medida hemos contribuido a que la mentira ahogue a la verdad y silencie el dolor. Todo esto no es ajeno a la fidelidad al Dios en quien creemos y a quien amamos. Un Dios completamente fiel a los pequeños. Nuestros hermanos son los talentos que se nos han confiado ¿qué hemos hecho con su verdad? Como canta Maité López, ¿hemos sido fieles al Sur, a los más pequeños, fieles a este vino a la comunión, fieles sin complejos?

4. ESPERA

Esperar es uno de los rasgos que mejor definen y expresan la fidelidad. Todos tenemos presente los grandes dramas cinematográficos de la típica separación de dos personas que se aman y que ni las más extremas condiciones, ni las más persuasivas ofertas logran acabar con el periplo de

reencontrarse. El amor vivido como único mantiene viva la llama de la confianza de que el otro nunca te intercambiará. Ahora bien, lo que se ama y en lo que se cree afecta decisivamente a cómo se espera.

4-1.- Vivo en el lado profundamente humano de la vida

«El justo vivirá por la fe» (Ha 2,4). Es la respuesta que recibe Habacuc a su drama. El profeta observa que la historia no es más que la sucesión de potencias cada cual más violenta. Es como si Dios resolviera el problema de la injusticia suscitando un nuevo imperio que, ciertamente, acaba con el otro, pero que a su vez instaura un mecanismo todavía más opresor y agresivo. Por eso, alza su voz para protestar ante Dios y recibe de Él esta enigmática respuesta.

A aquel que está muriendo, a aquel cuya vida está siendo amenazada se le pide que se mantenga en la fe y en la justicia. O, lo que es lo mismo, que crea que la única forma de vencer a la violencia es mantenerse manso, dejarse desposeer, no responder con más intimidación. Esto es, creer que la debilidad es más fuerte que el poder, que la vulnerabilidad es más potente que la fuerza, que la justicia prevalecerá sobre los chanchullos, la verdad sobre la mentira y el servicio a golpe de toalla sobre la dominación déspota.

En definitiva, al profeta se le pide que ponga su corazón y se adhiera no a un credo, sino a una promesa. Y esto es muy típico del AT, porque la historia de la salvación comienza con uno que dice que sí y cree en una promesa que, además, le pone en una situación de vulnerabilidad. Pues a Abraham se le indica que salga de su tierra para ir a otra que se *le mostrará*. Pero esta acción le convierte en un sin papeles perpetuo, en un extranjero para siempre, en alguien carente de una ciudadanía y, por tanto, de derechos. Se le pide que atraviese la historia, que no es más que el peregrinaje a una tierra siempre prometida, como un inmigrante y, por tanto, no como un imperio que asedia e invade sino pacíficamente y desposeído de todo derecho.

Dios promete *un cielo nuevo y una tierra nueva*, pero abrimos el periódico y entramos en crisis. Dios promete, pero la historia de los seres

humanos constantemente desmiente esta promesa y el creyente irremediablemente entra en crisis como Habacuc. Se trata de esperar pero no de cualquier manera, sino manteniéndose justo, manso. O, tal vez, como canta la «Declaración de domicilio» de Eduardo Meana, de esperar pero viviendo en el lado desnudamente, sagradamente, profundamente, pacientemente, entrañablemente humano de la vida.

Esperar se traduce en acciones concretas, pero todavía más crucial es el lado de la historia desde el que se acometen dichas acciones. Si es del lado de los fuertes o desde el lado *pequeñamente humano de la vida* donde suceden realmente *cosas grandes* como el que «nadie te lleva por delante montado en supervidas importantes», «donde el *te necesito* no avergüenza. Donde nace en el alma el *muchas gracias*». La vida consagrada está convocada no a declarar el catastro de sus bienes inmuebles sino un domicilio que es ante todo una forma de habitar y de relacionarse.

4-2.- Odres nuevos

Dios se derrama como vino nuevo y nosotros hacemos lo que podemos. Ante el derroche de la fidelidad divina sacamos nuestros cacharros intentando contener la vida nueva que fluye de este manantial y salpica fidelidad. A veces somos conscientes de que los odres están a punto de reventar, de que los contenedores o las estructuras que buscan canalizar el don ya están un poco obsoletas. Pero, o bien por miedo, o bien por falta de imaginación, nuestra fidelidad dinámica no consigue estirarse más, ni siquiera atisba o es capaz de intuir hacia dónde nos llevará todo esto.

De nuevo, el texto bíblico siempre tan sutil, nos da una pista sobre la fidelidad divina como un don. Porque ¡gracias a Dios! el vino no se estropea. Es más, la fuerza del mismo es capaz de reventar los odres raídos, las cisternas agrietadas en las que a veces con tan buena intención los metemos porque no contamos con otras estructuras ni además se nos ocurren. La fuerza de la novedad logra romper nuestras resistencias y nos pone en situación de vulnerabilidad. Entonces la imaginación de la caridad se agudiza.

Sin nada que perder, el don produce arrojo, valentía, se asumen riesgos y se comienza a negociar con los talentos porque este buen Dios, como aquella viuda, ha echado todo lo que tenía apostando por nosotros. Porque el don de su fidelidad pasa por asumir los riesgos de una siembra que puede no fructificar pero que, si lo hace, habrá pan para todos. Como canta el himno a los Filipenses, la fidelidad de Dios no consistió *en retener para sí*, en una *posesión celosa de su condición*, sino en darse y en hacerse uno de tantos. Estamos llamados a vivir la misma fidelidad que Dios ha tenido con nosotros, nuestra entrega debe ser a la medida del don y, por eso, hasta el extremo del amor.

5. BIBLIOGRAFÍA

GARCÍA FERNÁNDEZ, M., *Mateo*, GLNT 2, Estella 2015, 184.

GARCÍA, J. A., *Orar con el Padre Arrupe*, Mensajero, Bilbao 2007.

MORENO, E., *Tierra*, Ediciones B, Barcelona 2020.

SKA, J. L., *Abrahán y sus huéspedes. El patriarca y los creyentes en el Dios único*, Estella 2004, 95.

SKA, J. L., *Cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). Páginas escogidas del evangelio de Mateo*, Estella 2006, 147-151.

SOBRINO, J., *Monseñor Romero: Mártir de la liberación. Análisis de su figura y obra*, en J. SOBRINO, I. MARTÍN-BARÓ, CARDENAL, R., (eds.), *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero*, Colección: La Iglesia en América Latina, UCA Eds., El Salvador ⁸2014, 35-36.





COMENTARIOS Y RECENSIONES

Comentarios y reseñas

ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO, *Vida*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020, 122 pp., ISBN 978-84-285-5914-0.

Ejemplar a ejemplar, la colección «Dentro. Libros para alimentar la interioridad» de la editorial San Pablo se está convirtiendo en una extraordinaria serie de textos breves, asequibles y profundos ideal para el crecimiento personal o para regalar a amigos entrañables. El número que nos ocupa en este momento no lo es menos, con la garantía de un autor ya consagrado en la temática.

Enrique Martínez Lozano, prolífico escritor en el ámbito de la espiritualidad, especialmente desde la perspectiva de la «no dualidad», nos presenta en *Vida* una agradable síntesis de su pensamiento. De hecho, casi en cada capítulo se refiere a alguno de sus otros libros, más largos, donde se puede desarrollar más esa parte. Naturalmente, el objetivo de este pequeño volumen es precisamente servir de introducción y, quizás, de invitación para seguir ahondando.

La obra está dividida en tres partes, precedidas de un prólogo que nos explica el porqué de un título tan sencillo, sobre todo en unos momentos donde sentimos que la «vida» no puede ser menos que paradójica y, claro, frágil. El primer paso, entonces, es natural: sentir la vida, sentirnos vivos. Casi es una tautología digna de *Les Luthiers*, pero es así: solo es vida cuando merece ser vivida. Y eso implica darle hondura a la vida, vivir más desde dentro y ganar en confianza, como el propio autor resume con la metáfora del pájaro posado en una rama: no confía en que la rama no se rompa, porque en quien confía es en sus propias alas, que le pueden sostener aunque se rompa el árbol.

La segunda parte es la más desarrolla la espiritualidad de la «no dualidad», una de las líneas de pensamiento espiritual de mayor boga, que ayuda a compatibilizar diferentes tradiciones religiosas y se sustenta en la mística, aunque las consecuencias que se extraen de esos textos pueden ser discutibles. Desde luego nadie [puede] dudar, con el autor, de lo difícil que puede ser ser auténtico si se vive dividido, aunque aún hay distancia hasta afirmar, más allá de la poesía, que «todo es uno». Frente a la arrogancia de la división, el *sí* que asume libremente la realidad y, al mismo tiempo, la trasciende.

La tercera parte comienza con una frase de la sabiduría popular de la abuela del autor: «lo que viene, conviene». Los que hemos tenido la suerte de convivir con nuestros mayores conocemos no pocos refranes que transmiten la misma certeza... el mismo San Pablo en Rom 8, 28 y otros muchos maestros espirituales, como el propio autor recoge. Más allá de los análisis, Martínez Lozano propone dar respuesta a la pregunta fundamental: «¿qué o quién soy yo?». No supone resolver la paradoja de la vida, implica asumirla, reconocerla y dar luz a una vida que busque la autenticidad.

Por último, la breve conclusión anima al lector a *vivir*, a ponerse en camino con paz y libertad. La respuesta a las preguntas con mayor horizonte (como «para quién soy» o «cuál es mi misión y vocación») queda a discreción de cada uno. El autor, tanto en la conclusión como en el poema del epílogo, nos ofrece un atisbo de su respuesta, que es la del Evangelio. Una nueva invitación a ser, a vivir y no solo a *sobrevivir*, algo cada vez más necesario. Una lectura que, incluso sin estar de acuerdo en todo, ayuda e inspira.

Jorge A. Sierra, FSC

XABIER PIKAZA IBARRONDO, *Los caminos adversos de Dios. Lectura de Job*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020, 343 pp., ISBN 978-84-285-5875-4.

Xabier Pikaza es un autor de sobra conocido en el ámbito tanto de la teología fundamental como de la historia de las religiones. Ambas perspectivas están entrelazadas en el libro que nos ocupa con el comentario



y la exégesis bíblica, en torno a uno de los libros más conocidos popularmente del Antiguo Testamento... y al mismo tiempo uno de los menos comprendidos: el libro de Job.

Más que un comentario al uso se trata de una relectura teológica, una «lectura guiada», en la que se vuelca la enorme pericia y conocimiento del autor, contrastando el texto bíblico con otras religiones, los acercamientos teológicos clásicos y la propia experiencia personal de Pikaza. Tras una breve introducción y acercamiento en el prólogo, en la primera parte desarrolla tres actos y un interludio, mientras que en la segunda se desarrollan otros tres y el epílogo. Se presenta así la estructura clásica y teatral del libro de Job, en línea con otros acercamientos a la obra.

El propio título nos anuncia una de las líneas-fuerza del libro, que es la misma que la del texto bíblico: ¿cómo puede responder el creyente al sufrimiento y el mal en el mundo? En esa reflexión destaca la constante comparación y contraste con las enseñanzas clásicas tradicionales de Buda (no en vano Pikaza es el traductor de una obra fundamental sobre la fe cristiana y la budista, *Budismo y cristianismo*, de Henri de Lubac), descubriendo no pocos puntos de contacto y muchos otros de diferencia. Es una ayuda muy original, sobre todo cuando algunas de las enseñanzas budistas, en su simplicidad, pueden parecer más *naturales* que las judeocristianas.

Vayamos parte a parte. El prólogo, formado por los dos primeros capítulos de Job, muestra la colorida imagen de la discusión entre Dios y Satán sobre el fiel y bondadoso Job. Destaca la presencia de la duda, incluso en el «personaje» de Dios, que termina derivando en las dos grandes pérdidas de Job: primero de sus seres queridos y luego de su propia seguridad y salud. Finalmente, esta parte remata con el preludeo, donde Pikaza relee las semejanzas entre Jeremías y Job y el propio dolor del protagonista, en paralelo a los héroes de las tragedias griegas.

La primera parte es la que recoge el diálogo entre Job y sus «amigos», la parte más conocida del relato bíblico. Siguiendo el texto, Pikaza va releyendo y profundizando casi versículo a versículo, los diálogos, los soliloquios y las preguntas subyacentes en todo ese acto. Al final, todo está dirigido a Dios y habla del propio Dios, una presencia de tal majestad, al estilo judío, que el ser humano solo puede sentir «temor».

Desde esa humildad radical se reconoce la justicia de Dios y comienza a resurgir la esperanza de Job, pese a no tener respuestas. Los amigos sí tienen respuestas y por ello no creen en Dios... porque no dejan hueco a la duda y a la confianza, también radical, en el Dios de la Salvación. La «senda antigua de los hombres perversos», que marca el tercer acto, muestra una curiosa actualidad: opresión, insolidaridad, falta de justicia... nada que no seamos capaces de ver en nuestro tiempo, por lo que la respuesta de Job de confianza en la sabiduría divina sigue siendo válida.

La segunda parte, con un Job caído en desgracia, se compone de tres discursos de una gran profundidad. El primero es del propio «acusado», que hace una *apología pro vita sua* no tanto para pedir perdón, pues se reconoce pecador, sino justicia, pues es la víctima. El segundo es el discurso de un «nuevo teólogo», Elihu, que aparentemente defiende a Dios, pero que en realidad es el abogado de un ídolo, de una falsa imagen de Dios como poder espiritual. Por último, el discurso del propio Dios, de una gran belleza y hondura, típica del misterio, que sí es una característica esencial del Dios judeocristiano, que acoge y rehabilita sin restar responsabilidad a la persona.

Quizás en esta parte donde la experiencia y el propio camino de fe de Pikaza se muestra con más claridad, sin por ello caer en consideraciones subjetivas. El comentario final al epílogo es una muestra clara de esta valoración: nosotros también necesitamos, como Job, responder a la fragilidad, muerte y dolor que nos rodean. El libro de Job es un «manual de supervivencia» para no rendirnos ante las crisis —algo especialmente necesario en estos tiempos de pandemia— y, al mismo tiempo, una declaración de fe, válida para todo ser humano incluso de religiones diferentes, que gana sentido y profundidad desde la pasión, muerte y resurrección de Jesús.

En resumen, estamos ante una obra completa, erudita y accesible, que actúa como presentación y guía a un libro lleno de sorpresas, o más bien a la respuesta desde la fe a las preguntas que cualquier creyente se hace antes o después.

Jorge A. Sierra, FSC



J. KAKICHI KADOWAKI, *Aliento de vida y luz del camino. El Espíritu, intérprete de la Palabra*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020, 189 pp., ISBN 978-84-285-5843-3.

Nos encontramos ante una obra póstuma del jesuita y maestro zen japonés Kadowaki Kakichi, que recoge algunas de sus notas y grabaciones para un retiro sobre el Espíritu Santo, con especial énfasis en los escritos de San Pablo. Kadowaki (1926-2017) perteneció a la escuela de diálogo entre el budismo zen y el cristianismo que se formó en Japón en la estela del también jesuita Enomiya-Lassalle y es el autor de varias obras muy interesantes, como *El Zen y la Biblia* (San Pablo, 2019) y *Vivencia Zen de un cristiano* (Paulinas, 1981). La traducción, edición y presentación de la obra son trabajo de Juan Masiá y Pedro Vidal, lo que garantiza su calidad.

Como obra de madurez, recoge gran parte de las enseñanzas del autor sobre la espiritualidad ignaciana y bíblica en relación con el zen, pero no desde la comparación o la fenomenología religiosa, sino desde la búsqueda de un mensaje común, que se comprende a través de la práctica, por ejemplo, del *zazen*. No se trata, por lo tanto, de una obra de estudio, sino más bien de unas «charlas de retiro» que ganan en hondura si se leen en un ambiente tranquilo y dejando tiempo entre texto y texto. El propio autor destaca la «cercanía de la vivencia» entre diferentes tradiciones religiosas frente a la «lejanía de la teología» ya que, como ocurre con frecuencia en cuestiones espirituales, es más difícil explicarlo que vivirlo.

El protagonista del libro es el Espíritu Santo, al que el autor intenta acercarse a través de la lectura de textos bíblicos a modo de *koan* (relatos muy breves), acompañados de técnicas que permiten acceder al *tanden* y al *hara*, los dos centros de atención corporal del budismo zen. Por ejemplo, los capítulos seis y siete, los más extensos, «Vivir, como Pablo, en el Espíritu» y «El Espíritu interpreta la Palabra» recuperan algunos de los textos donde el Apóstol refleja su vivencia del Espíritu que le mueve y los comenta para ayudar al lector a hacerlos vida, invitando a su meditación.

No es, por lo tanto, una obra para leer de corrido. Son habituales las referencias a maestros del zen que quizás sean aún poco conocidos en el ambiente occidental, como Eihei Dogen (1200-1253), al que Kadowaki

califica como el «Santo Tomás del zen» y Kitar, Nishida (1870-1954), precursor de la llamada «Escuela de Kioto».

Destacan, además de las nombradas, algunas partes más del libro: el propio prólogo, donde se define al Espíritu como auténtico intérprete de la Palabra, el capítulo 1, donde se relatan algunos de los puntos de encuentro entre las tradiciones religiosas orientales y occidentales para ayudar a «caminar hombro con hombro» y el epílogo, un diálogo entre los editores de la obra y Adolfo Nicolás, que fue compañero de Kadowaki y General de la Compañía de Jesús, en torno a su legado.

Subrayamos para terminar una de las reflexiones del autor con el texto paulino «llevamos este tesoro en frágiles vasijas de barro» (2Cor 4, 7), donde brilla especialmente su vivencia de un Espíritu que bendice y sopla vida. Cada párrafo de ese apartado es como una respiración que guía al lector a asumir la propia realidad y, al mismo tiempo, a no limitarse a ella. Finalmente, nos invita a muchos «des-»: desprenderse, desengañarse, descentrarse... hacia la libertad del Espíritu.

Jorge A. Sierra, FSC

JOSÉ ANTONIO MARINA, *Proyecto Centauro: La nueva frontera educativa*, Ediciones Khaf. Grupo Editorial Luis Vives, Madrid 2020, 280 pp., ISBN 978-84-15995-35-7.

José Antonio Marina, filósofo, ensayista, pedagogo español y fundador de la Universidad de Padres ha dedicado toda su vida a investigar sobre la inteligencia, la creatividad y la educación. Un apasionado de la filosofía.

Al cumplir 80 años, y como él mismo afirma, decide regalarse este libro que no es otra cosa que la síntesis de sus investigaciones y de sus experiencias, y una nueva oportunidad de ayudar en el futuro de los alumnos.

José Antonio inicia las páginas de este libro reconociendo que es un «conspirador, un conspirador fracasado, a favor de la educación», habla de él así porque muchas de sus iniciativas y esfuerzos no han hallado el

éxito esperado en un mundo que no termina de comprender que nos encontramos ya en un mundo poderosamente tecnológico y al mismo tiempo fragmentado, débil y líquido, herencia de una pensamiento posmoderno. De ahí que el texto responda a dos preguntas: ¿A qué tipo de inteligencia o a qué clase de persona confiaría mi futuro o el futuro de la humanidad?, ¿Por qué? La respuesta se encuentra en el mismo título de la obra, *Proyecto Centauro*.

Para dilucidar el significado y las razones de Proyecto Centauro, que Marina quiere sea el modelo para los próximos 30 años, es necesario conocer algo más en profundidad su pensamiento. Una de las raíces de su obra se haya en la visión y comprensión que tiene sobre la filosofía, a la que considera, como todo conocimiento científico, universal, coherente y ordenada.

La filosofía es para Marina el estudio de la inteligencia humana, de sus límites, posibilidades y creaciones, en síntesis, es la reflexión sobre la evolución humana y su práctica tiene sentido en el ámbito educativo. Recorrer el pensamiento del filósofo español significa adentrarse en algunos aspectos que él mismo señala como «fragmentos de un sistema», a saber, *la teoría de la inteligencia*, aquella que entiende que la función de la inteligencia no se limita sólo al conocer sino que gestiona emociones, ejecuta decisiones y orienta acciones. La inteligencia es dinámica, de ahí que la realidad siempre espera a que la inteligencia decida qué hacer con ella; *la inteligencia compartida* [es] aquella que se entiende desde la afirmación «nuestro cerebro es social y necesita de la relación con otros para desarrollarse», el ser humano se deja constituir por el entorno social que a su vez le posibilita salir de sí mismo para ir al encuentro de otros; *educación* que se encarga de cuidar, dirigir, y transmitir, adquiriendo así una relevancia ontológica que permite el fluir del ser.

Gracias a estos fragmentos, constitutivos de su pensamiento y de su filosofía se entiende mejor *Proyecto Centauro*, con el que Marina propone poder desarrollar inteligencias centauro, es decir, personalidades que tengan recursos suficientes para aprovechar y dirigir las magnas posibilidades que las nuevas tecnologías ofrecen y al mismo tiempo tomen acertadas decisiones que inviten a la acción, porque entre tecnificar la

humanidad o humanizar la tecnología, lo segundo será siempre la preferencia. Marina propone con proyecto centauro un cambio de perspectiva, esto es, ya no elegir qué debe conocer y hacer el sujeto sino fijarse en cómo debería ser el sujeto que debe conocer o actuar, a este cambio de visión lo llama «giro aretaico», porque sólo a partir del modelo de personalidad que se quiere fomentar se podrán diseñar los programas educativos.

Ahora bien, reconociendo que no es empresa fácil eso de elegir un modelo de personalidad, el criterio que utiliza es el de la felicidad, pero atención, no cualquier concepto de felicidad es aceptable, el camino correcto será el de buscar esa personalidad que colabore con el establecimiento de una sociedad feliz para que pueda entrar en funcionamiento lo que él considera «el buen ciudadano», la persona que, dotada de virtudes cívicas, colabora en la construcción de la «pública felicidad».

La educación deberá hacerse cargo de tan colosal proyecto, ofreciendo las herramientas necesarias para caminar juntos hacia esa inteligencia centauro, que permitirá entre otras cosas, que no seamos arrasados por la imparable ola de las nuevas tecnologías y que la evolución tecnológica no vaya por delante de la evolución de la inteligencia humana.

El proyecto centauro entiende que la clave está en la convicción de que solo conociendo el pasado y valorando lo humano podremos decir algo sensato sobre nuestro futuro. Esta sociedad líquida que nos ha correspondido vivir necesita sólidas bases humanas, sujetos capaces de cuidar, apropiarse y que al mismo tiempo puedan hacerse cargo de la realidad.

Este texto merece ser leído con pausa, y con una notable chispa de aventura sabiendo que se nos abren nuevas visiones y posibilidades de comprensión, sin duda un libro absolutamente inteligente, pedagógico y cautivador.

Jennifer Gómez Torres

Responsable de Migraciones. Área de Justicia y Solidaridad
Conferencia Española de Religiosos. *CONFER*



ASSUMPTA SERNA, JUAN CARLOS SÁNCHEZ y SCOTT CLEVERDON, *Entre la espada y la pared. Claves para comunicar la Palabra en tiempos difíciles*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020, 294 pp., ISBN 978-84-285-5877-8.

Seguramente le haya pasado lo mismo a muchos de los que hayan visto este libro en las librerías: ¿un libro religioso escrito por Assumpta Serna, la actriz? Sí, por la actriz, junto a su pareja, también actor y por un sacerdote de la diócesis de Ciudad Rodrigo. Y es un libro que no es exactamente religioso, o quizás lo sea sin quererlo, pues, como es esperable, al intentar ayudar a los «profesionales de la Palabra» a comunicar mejor no queda más remedio que re-pensar la propia fe. De hecho, esa «coherencia» entre lo que se vive y lo que se transmite puede ser el perfecto titular del libro.

El origen de este libro son las conversaciones y diálogos de las que Serna y Cleverdon pudieron disfrutar durante el rodaje de la película *Red de libertad* (Pablo Moreno, 2017), basado en la biografía de una Hija de la Caridad, interpretada por la propia Serna y artífice de una verdadera cadena de solidaridad y rescate de niños judíos en la Segunda Guerra Mundial. Como ocurre en tantas ocasiones, el contacto directo con creyentes sinceros y convencidos, pero no por ello dogmáticos, es el mejor medio para superar prejuicios. Este proceso, en el caso de esta pareja de actores, los llevó a darse cuenta de otra evidencia: los cristianos tenemos el mejor mensaje... pero somos pésimos mensajeros. Y se pusieron manos a la obra: desde su experiencia, desde lo que aprenden y enseñan de interpretación y comunicación en público, ¿cómo pueden ayudar a la Iglesia?

Esta interesante premisa se desarrolla en un diálogo a tres bandas entre los coautores. Un diálogo bastante espontáneo y donde se refleja la experiencia y el estilo de cada uno, jalonado de anécdotas y de sugerencias de lectura o visionado. Para el lector es fácil entrar a formar parte de este diálogo, donde se tratan temas muy importantes y se ofrecen claves para seguir «compartiendo en el camino».

Los dos primeros capítulos sirven como introducción: a nivel social, con una crítica nada escondida a lo «políticamente correcto» que se está imponiendo con mucha virulencia en nuestra cultura, sobre todo en las

redes sociales, y a nivel eclesial, mediante el «atrio de los gentiles» (llama la atención que la pareja de actores, para nada incultos, no conocieran esta expresión, ya antigua en la Iglesia, pero así nos pasa con muchas palabras eclesiales: para los que estamos dentro de la Iglesia nos parecen muy evidentes... pero no lo son. Otra llamada de atención) y la recuperación de lo que es realmente valioso comunicar de la Iglesia.

El tercer capítulo hace una interesante comparación entre los relatos mitológicos, sobre todo los que tienen que ver con los héroes clásicos (según las conocidas etapas propuestas por J. Campbell) y el relato cristiano, mientras que el cuarto, quinto y sexto se centran en la predicación, especialmente en la homilía. No es gratuita esta insistencia en las homilías, que a veces hacen más mal que bien, pero las claves aportadas no se circunscriben únicamente a esta importante parte de la eucaristía. Los autores señalan 12 errores imperdonables (los que frecuentan las misas del domingo podrán encontrar ejemplos de todos y cada uno con facilidad), 14 valores *de quien hace la predicación*, en la línea de coherencia personal para el sacerdote y 13 pasos para preparar y dar bien una homilía. No son muy diferentes de los que puede enseñar cualquier experto en comunicación al público, pero sus subrayados en torno a la Palabra de Dios resultan sugerentes y adecuados.

Los capítulos séptimo y octavo abren nuevos caminos: por un lado, la comunicación digital, con interesantes sugerencias para evangelizar delante de una cámara (muchos de ellos marcan la diferencia entre los *youtubers* y *tiktokers* que ayudan y los que obstaculizan) y la sencilla lectura, también en la misa. Ambos capítulos son muy prácticos, como lo son también los apéndices: lenguaje corporal, ejercicios de técnica vocal...

Los autores se dirigen directamente a uno de los principales grupos de comunicadores en la Iglesia: los sacerdotes. Naturalmente, sus sugerencias no están cerradas a este grupo, aunque en algunos momentos hayamos echado de menos algunas referencias a otros comunicadores fundamentales en la Iglesia: los maestros, los catequistas, los religiosos y religiosas, los creyentes de a pie... De todas formas, las claves aportadas son útiles para todos, con las debidas adaptaciones.

Resulta refrescante leer aportes desde otras disciplinas a la labor de evangelización de la Iglesia. Ciertamente se puede aprender mucho, siem-

pre y cuando superemos el prejuicio, del arte dramático, pero sobre todo del diálogo sincero y profundo, del compartir y del testimoniar sin *sermonear*, ni desde un lado ni desde el otro. Recomendamos la lectura con esas claves de esta obra, editada además en un formato agradable y útil.

Jorge A. Sierra, FSC

JEROME BERRYMAN, *Godly Play. Método para enriquecer la espiritualidad infantil*, Vol. 3, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020, 304 pp.

No son pocos los recursos disponibles para la catequesis y educación en la fe de los niños, pero no por ello son novedosos. *Godly Play*, un método que se lleva desarrollando desde hace más de cuarenta años en diferentes denominaciones cristianas, viene a aportar un soplo de aire fresco a las propuestas tradicionales.

Godly Play es un método en el que se forma un «círculo» con los niños en el que trabajan dos educadores: un narrador/a de la historia (que puede ser una historia sagrada, una parábola, una acción litúrgica o una sesión de silencio) y un portero/a, que acoge a los niños y les ayuda en el trabajo. Cada sesión de *Godly Play* mantiene una estructura común: acogida y formación del círculo, relato, un tiempo de preguntas abiertas, otro tiempo amplio de «respuesta», en el que cada niño puede crear algo en torno a la historia, normalmente un trabajo manual y la fiesta, donde se comparten algunos alimentos y bebidas sencillos. Es una «liturgia» propia que refleja las celebraciones de la Iglesia.

La forma de relatar las historias, la mayor parte de ellas bíblicas y muy fieles al texto, está inspirada en María Montessori y su escuela: se usan materiales naturales, en un entorno seguro donde todo está a disposición y accesible a los niños (las salas *Godly Play* son especialmente bellas, según se puede ver en los ejemplos en internet) y los educadores actúan como mediadores.

Otra característica muy particular es que se permite reflexionar en voz alta sin que haya necesidad de respuestas correctas o incorrectas. De hecho, las cuestiones siempre empiezan por «me pregunto», que intenta pobremente traducir el inglés original «I wonder», porque el propio na-

rrador no sabe *necesariamente* las respuestas. Este tiempo de reflexión, bien acompañado, puede ayudar a hacer propio el relato, a que diga algo aquí y ahora a los niños del círculo y a los propios adultos. No tengo la experiencia de cómo funciona esto en la realidad, pero las referencias que me llegan son muy positivas, aunque esto implique que, quizás, las respuestas no sean las esperadas. En el «tiempo de respuesta» también hay mucha libertad y se busca que los niños tengan materiales variados para crear su obra de arte.

En cada volumen se publica una colección de relatos, siempre en dos columnas: una para los gestos y movimientos y otra para las palabras, con un lenguaje especialmente poético. Además, se proporcionan explicaciones del trasfondo de la historia y de cómo encaja en «currículo en espiral» del método, que también viene detallado. En este volumen 3 se presentan todas las historias del tiempo de Adviento y Navidad, el bautismo, el silencio y, sobre todo, las parábolas. Es en estas últimas donde con más claridad se ve la novedad del método: son textos muy conocidos, pero narrados de esta forma pueden tener un significado nuevo.

La Editorial San Pablo, en colaboración con la asociación que guía el método en nuestro país, *Godly Play España*, está publicando la guía completa con todas las sesiones. De momento este volumen 3 es el último, de ocho ya publicados en inglés y alguno más en preparación, según se indica en los apéndices. Conviene conocer a fondo el método, mediante una formación acreditada (la asociación *Godly Play España* los ofrece con frecuencia) y con el volumen 1 de la *Guía*, que explica más a fondo el proyecto. Felicitamos a San Pablo por esta apuesta editorial, en un formato además de gran calidad. Esperamos poder tener en nuestras manos todos los demás volúmenes.

Juan de las Heras, FSC

TXEMI SANTAMARÍA GARCÍA, *Interioridad*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020, 80 pp., ISBN 978-84-285-5829-7.

Un nuevo volumen de la colección «Dentro» de la Editorial San Pablo, en este caso con el título más directo de una serie dedicada, precisamente, a «alimentar la interioridad» con textos breves de autores exper-



tos en su temática, que sirven como introducción e invitación a seguir profundizando.

El autor de *Interioridad*, Txemi Santamaría, es un especialista vasco tanto en teología, con especial énfasis en la transmisión de la fe, como en psicología transpersonal y experiencial. Su tarea principal se centra en la orientación y terapia familiar, además de dirigir numerosos talleres de *focusing* y educación en la interioridad. Ya en 2013 publicó un libro, más extenso, con el mismo título.

En este pequeño volumen nos presenta una introducción a qué se quiere decir con «interioridad» en tres partes que van creciendo: espacio vivencial, espacio vivencial consciente y espacio vivencial consciente que otorga. Dentro, cada una de ellas dividida en otras tres: reflexiona, medita y contempla, además de unos pocos párrafos de presentación y una introducción general. Como indica el propio autor, no es un libro para hacer una lectura «de seguido», sino para paladear y poner en práctica, porque se ofrecen algunos ejercicios sencillos para que el lector adulto pueda experimentar lo que lee.

Destaca el gran número de citas de otros autores que Santamaría nos ofrece. De hecho, el libro presenta, al principio, una concisa «historia de la interioridad» que demuestra, a través de enseñanzas de diversas culturas y momentos históricos, que la preocupación por cultivar el interior no es una «moda», sino una etapa más en el camino de la trascendencia que solo puede ser vivida por personas que buscan la autenticidad.

Los ejercicios propuestos son eficaces en su sencillez, siempre que se hagan como se indica: buscando un lugar y tiempo tranquilo, con sinceridad y dejando que en ellos se muestre lo que se es realmente. Si no, serán meros cuestionarios de revistas para adolescentes.

En resumen, un pequeño volumen bien compuesto y agradable, que perfectamente puede servir como introducción a por qué es necesario trabajar nuestro interior o puede ayudar a seguir el proceso a educadores o practicantes que hayan recibido una pequeña formación o taller sobre interioridad, como en la actualidad les ocurre a muchos profesores de la escuela católica.

Jorge A. Sierra, FSC



ÁNGEL SANZ ARRIBAS, *Cosas del Padre Abad. Para una espiritualidad narrativa*, Casa de Espiritualidad Claretianos. Colmenar Viejo, Madrid 2020, 182 pp., ISBN 978-84-09-23914-6.

Cosas del Padre Abad recoge en forma de colaciones y microrelatos una seie de reflexiones espirituales dictadas por el Abad en el aula capitular de un imaginario monasterio denominado *Maris Stella*. Libre de toda superficial palabrería, el Abad va desgranando relatos, a modo de parábolas, acompañados de sutiles comentarios reveladores de una sabia experiencia gestada al cobijo del silencio claustral.

Los monjes –jóvenes unos, en la madurez de la vida, otros– siguen con vivo interés las reflexiones del Abad. No permanecen pasivos. Intervienen en un diálogo espontáneo que favorece la interiorización del mensaje emitido en cada reunión comunitaria.

Cada cita despierta en los monjes un interés inusitado que los lleva a profundizar en su propia vocación de discípulos de Cristo, y los induce a esperar con creciente anhelo la celebración de un nuevo encuentro.

Las reflexiones del Padre Abad –sus «cosas» u ocurrencias– no dejarían indiferentes a otros espectadores, no necesariamente monjes, que pudieran asomarse con discreción y con encomiable curiosidad a conocer de qué se habla en dicha aula capitular.

En esta comunidad monástica de ficción los monjes comparten una escogida temática: la contemplación, la vocación suprema, la sutil y peligrosa tentación de la mediocridad, el mandamiento antiguo y siempre nuevo del amor... y la subyugadora figura de Jesús invitando a su seguimiento con alegría.

Autor del libro es el claretiano P. Ángel Sanz Arribas, avezado conocedor y guía de los caminos de la vida espiritual. Nos transmite, a través de la figura del Padre Abad, una rica sabiduría amasada en muchos años de vida consagrada.

Huelga decir que el libro se puede leer de un tirón porque ha sido redactado con un estilo muy cuidado, rezuma frescura y es altamente sugerente. Pero será aconsejable ir leyéndolo a ratos, en pequeñas dosis, como si se asistiera de veras a cada una de las sesiones en el aula capitular de ese imaginario monasterio.

Cosas del Padre Abad no es un libro solo para selectos. Es para todos porque en él late la más genuina espiritualidad evangélica. En él resuena la llamada de Jesús a seguirle sencilla y gozosamente en el día a día de la propia vocación cristiana.

José San Román, CMF

Libros recibidos

En julio 2020 - noviembre 2020

ÁNGEL SANZ ARRIBAS, *Cosas del Padre Abad*, Centro de Espiritualidad Claretinanos Colmenar Viejo, Madrid 2020.

ASSUMPTA SERNA, JUAN CARLOS SANCHEZ Y SCOTT CLEVERDON, *Entre la espada y la pared*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020.

BEATRIZ AYALA, BEA SEVILLA, *¡Esto pica mogollón!*, Laude, Zaragoza 2020.

COLOM, MARTÍ, *Esperanza*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020.

ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO, *Vida*. San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020.

Evangelio 2021, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020.

FRANCESC VICENT NOGALES SANCHO, *Escuela y Familia*, Ediciones KHAF, Madrid 2020.

ISAURO BLANCO, *Padres comprometidos*, Ediciones KHAF, Madrid 2020.

JEROME W. BERRYMAN, *Guía completa Godly Play*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020.

JESÚS BALLAZ, *Parábolas de Jesús*, Laude, Zaragoza 2020.

JOSÉ ANTONIO MARINA, *Proyecto Centauro*, Ediciones KHAF, Madrid 2020.

KAKICHI KADOWAKI, *Aliento de Vida y Luz del Camino*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020.

OLGA CEBRIÁN, *Desierto*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020.

RAFAEL LUCIANI Y CARLOS SCHICKENDANTZ, *Reforma de estructuras y conversión de mentalidades*, Ediciones KHAF, Madrid 2020.

TXEMI SANTAMARÍA, *Interioridad*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020.

VICENTE NIÑO ORTÍ, *Santo Domingo de Guzmán nos cuenta su vida*, Laude, Zaragoza 2020.

XABIER PIKAZA, *Los caminos adversos de Dios*, San Pablo Comunicación SSP, Madrid 2020.



